

# La revolución silenciosa:

## Las mujeres rurales jóvenes de América Latina en la encrucijada

RAÚL H. ASENSIO<sup>1</sup>



Foto: Andrea García

### Introducción<sup>1</sup>

En los últimos años, diversos esfuerzos de sistematización y análisis han enriquecido de manera notable nuestro conocimiento sobre la situación de las mujeres rurales de América Latina. Estos trabajos son el re-

sultado de la maduración del proceso de posicionamiento de la equidad de género en las agendas tanto de la cooperación estatal, como de las instituciones públicas, iniciado a comienzos de los noventa.

<sup>1</sup> Este artículo se basa en el capítulo 1 del libro Raúl H. Asensio y Carolina Trivelli, editores, *La revolución silenciosa mujeres rurales jóvenes y sistemas de género en América Latina*, Lima, Instituto de Estudios peruanos, 2014.

*Revista Argumentos, Edición N° 1, Año 11, 2017. 39-46*  
*Instituto de Estudios Peruanos*  
 ISSN 2076-7722

De manera más incipiente, también contamos con una cierta cantidad de información sobre la población joven del continente. Sin embargo, pese a estos avances, es muy poco lo que sabemos del colectivo de mujeres rurales jóvenes. Las particularidades de este grupo suelen quedar oscurecidas, subsumidas en categorías más amplias, como «mujer», «rural» y «joven», sin que existan apenas estudios sobre sus características, expectativas e inserción en las dinámicas de desarrollo rural. Las pocas investigaciones que existen están focalizadas en casos concretos y no permiten tener una idea global de los procesos en marcha.

Este artículo recoge algunos de los hallazgos del proyecto Nuevas Trenzas-Mujeres Rurales de América Latina del siglo XX, un esfuerzo desarrollado en seis países en paralelo (Colombia, Ecuador, El Salvador, Guatemala Nicaragua y Perú) para conocer las expectativas y proyectos de vida de las mujeres rurales. Nuevas Trenzas se llevó cabo entre 2011 y

2013 y contó con el financiamiento del Fondo Internacional para el Desarrollo Agrícola (FIDA). En total se produjeron más de veinte estudios detallados sobre la realidad de las mujeres rurales que pueden consultarse en el repositorio del Instituto de Estudios Peruanos<sup>2</sup>.

### Desfeminización de las áreas rurales

El primer hallazgo se refiere a los sesgos de género que existen en la composición de la población rural en buena parte del continente. Frente a un cierto sentido común que señala que los espacios rurales están habitados mayoritariamente por mujeres, los datos muestran que el porcentaje de mujeres sobre el total de la población rural está por debajo del 50 por ciento en casi todos los países analizados. Estos datos muestran también que esta desfeminización es más aguda en el segmento de edad que nos interesa analizar: la población entre 16 y 35 años.

**Tabla N.º 1** Tasa de feminidad (mujeres/ hombres) de la población rural, según rango de edad

Edad	Perú	Colombia	Nicaragua	Ecuador	El Salvador	Guatemala
0-5 años	1.04	0.97	0.95	0.97	0.96	0.91
6-10 años	0.97	0.89	0.95	0.96	0.96	0.93
11-15 años	0.99	0.91	0.92	0.95	0.96	0.98
16-20 años	0.83	0.86	0.92	0.96	0.99	1.03
21-25 años	0.88	0.91	0.93	0.99	1.13	1.14
26-30 años	1.08	0.87	0.95	1.02	1.21	1.24
31-35 años	1.03	0.99	0.98	1.01	1.25	1.16
36-40 años	1.11	1.00	1.02	1.00	1.23	1.20
41-45 años	0.97	0.75	1.01	0.98	1.24	1.09
46-50 años	1.00	0.79	0.97	0.97	1.20	1.06
51-55 años	1.01	0.78	0.94	0.99	1.17	1.09
56-60 años	0.94	0.84	0.90	0.97	1.08	1.02
61-65 años	1.13	0.83	0.88	0.97	1.08	1.11
66-70 años	1.06	0.74	0.86	0.97	1.03	1.14
Más de 71 años	1.18	0.94	0.88	1.01	1.01	0.97
<b>Total población rural</b>	0.99	0.89	0.94	0.98	1.06	1.06
<b>Total población urbana</b>	1.06	1.08	1.11	1.04	1.15	1.15

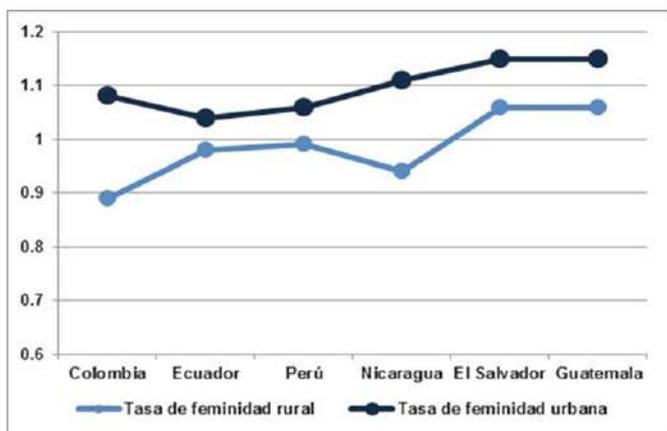
Fuentes: Colombia: Gran encuesta Integrada de Hogares 2010, Ecuador: Censo 2010, El Salvador: Censo 2007, Guatemala: ENCOVI 2011, Nicaragua: EMNV 2009, Perú: ENAHO 2010

<sup>2</sup> Ver: <<http://repositorio.iep.org.pe/simple-search?query=nuevas+trenzas>>

Entre los 16 y 25 años este desbalance de género se percibe en casi todos los países. Las únicas excepciones son El Salvador y Guatemala, países con una alta prevalencia de violencia, cuyas víctimas son mayoritariamente masculinas. Es posible que este sesgo explique el comportamiento inusual en estos dos países con respecto al resto de los países analizados en este estudio.

Esta desfeminización de las zonas rurales queda aun más clara si analizamos las tasas de feminidad urbana y rural de los países incluidos en el estudio. Este indicador mide el número de mujeres que viven en un determinado ámbito geográfico por cada hombre. Cuando la tasa supera esta cifra quiere decir que las mujeres son mayoría. En una situación ideal, determinada únicamente por consideraciones naturales, la tasa de feminidad sería ligeramente superior a uno, ya que si bien nacen más hombres que mujeres, estas últimas tienen una tasa de mortalidad infantil natural más baja. El Gráfico N.º 1 nos muestra que, efectivamente, en los seis países analizados la tasa de feminidad es superior a uno, pero está repartida de manera muy desigual por ámbitos urbanos y rurales. La tasa de feminidad urbana es siempre muy superior al ideal natural, mientras que en las zonas rurales ocurre lo contrario: en cuatro de los seis países la tasa rural es incluso inferior a uno. Las únicas excepciones son, como ya se señaló, El Salvador y Guatemala, pero incluso en esos dos países encontramos que la tasa de feminidad urbana es mayor que la rural.

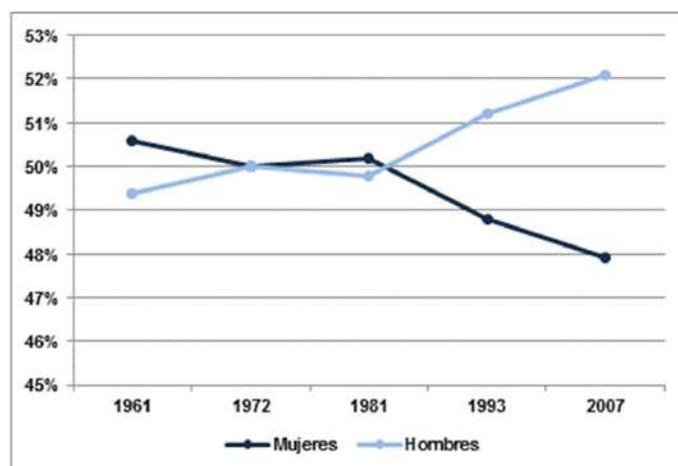
**Gráfico N.º 1.** Desfeminización de las zonas rurales



Fuentes: Colombia: GEIH 2010, Ecuador: Censo 2010, El Salvador: Censo 2007, Guatemala: ENCOVI 2011, Nicaragua: EMNV 2009, Perú: ENAHO 2010

El punto clave a destacar aquí es que esta desfeminización en las zonas rurales es un asunto reciente. No se trata de que siempre hayan tenido una tasa de feminidad negativa. Por el contrario, hasta hace apenas un par de décadas era común que las mujeres sumaran más del cincuenta por ciento de la población rural. Un ejemplo que evidencia perfectamente el carácter progresivo de la reducción de la tasa de feminidad rural lo encontramos en Perú. El Gráfico N.º 2 muestra los porcentajes de hombres y mujeres en el segmento de población joven rural, según los últimos cinco censos nacionales. Podemos ver que hasta los años ochenta las mujeres eran más que los hombres. El cambio de tendencia se percibe en el censo de 1993 y de manera mucho más acusada en 1997.

**Gráfico N.º 2.** Evolución de la tasa de feminidad en el segmento de población joven en el Perú.



Fuente: censos nacionales de 1961, 1972, 1981, 1993 y 2007

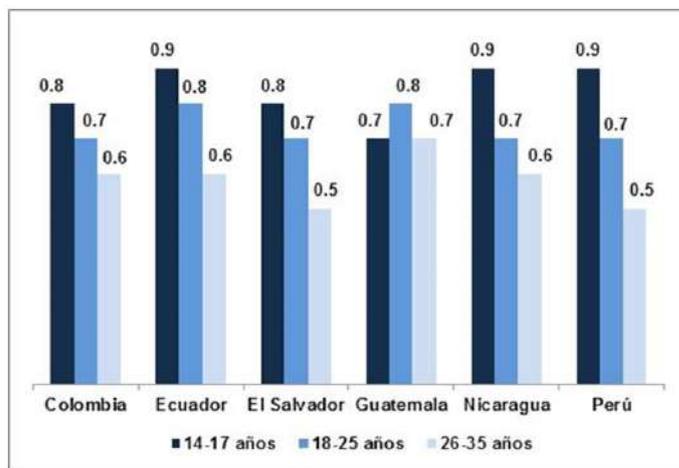
### Incremento de la competencia práctica de las mujeres

El segundo resultado de los análisis de datos cuantitativos referidos a las mujeres rurales jóvenes de los seis países incluidos en Nuevas Trenzas, presenta una buena noticia: en los últimos años existe un incremento muy notable de la competencia práctica de las mujeres rurales jóvenes. Este cambio se evidencia, sobre todo, en los datos de capital humano y especialmente en acceso a la educación. El Gráfico N.º 3 muestra el Índice de Paridad de Género en años estudiados en

los seis países analizados. La figura muestra el número de años que estudia una mujer de un determinado segmento de edad por cada año que estudia un hombre de ese mismo segmento de edad. En los rangos más bajos, los que se refieren a escolaridad primaria, la brecha de género casi ha desaparecido. En los casos de Colombia y Nicaragua, las mujeres rurales incluso estudian, en promedio, más años que los hombres de su misma generación. Los países más rezagados son Perú y Guatemala, aunque incluso en estos países las diferencias de género en acceso a la educación son mucho menos marcadas que hace unos años.

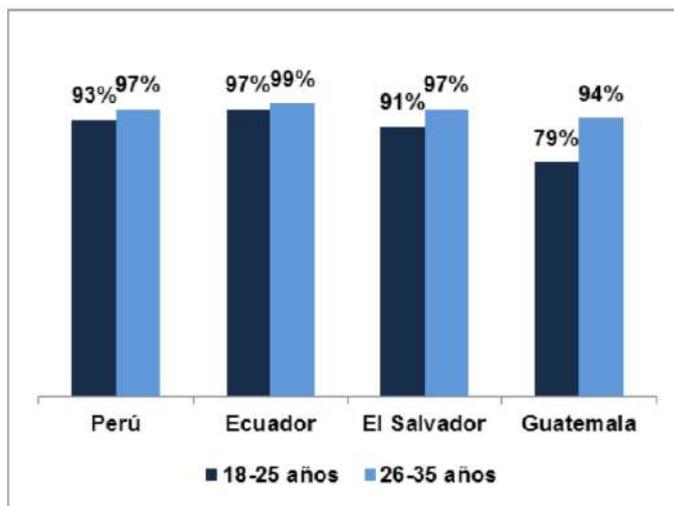
mundo rural. Los datos recopilados muestran que también existen avances importantes en este rubro. Un ejemplo es la extensión de los sistemas de documentación personal. El porcentaje de mujeres rurales jóvenes que posee documento de identidad supera el 90 por ciento en todos los países analizados.

**Gráfico N.º 4** Años estudiados por una mujer rural por cada año estudiado por una mujer urbana, según rangos de edad



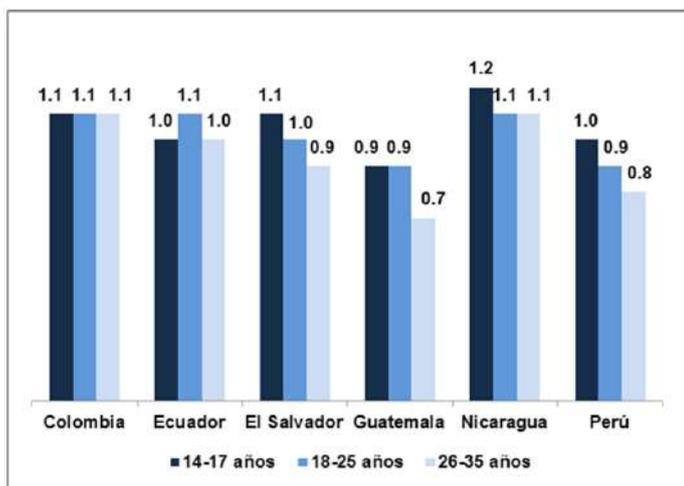
Fuentes: Colombia: GEIH 2010, Ecuador: Censo 2010, El Salvador: Censo 2007, Guatemala: ENCOVI 2011, Nicaragua: EMNV 2009, Perú: ENAHO 2010

**Gráfico N.º 5** Porcentaje de mujeres rurales jóvenes que poseen documento de identidad



Fuentes: Ecuador: Censo 2010, El Salvador: Censo 2007, Perú: Censo 2007

**Gráfico N.º 3.** Años estudiados por una mujer por cada año estudiado por un hombre



Fuentes: Colombia: GEIH 2010, Ecuador: Censo 2010, El Salvador: Censo 2007, Guatemala: ENCOVI 2011, Nicaragua: EMNV 2009, Perú: ENAHO 2010

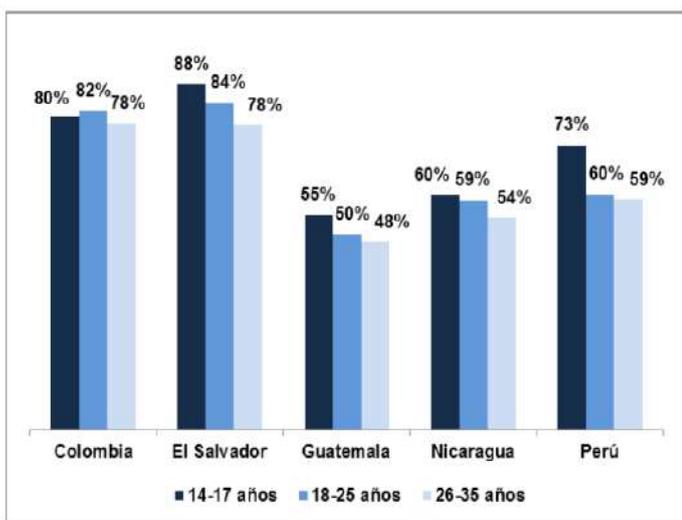
Los datos cuantitativos muestran que también ha disminuido la brecha de lugar de residencia en educación, aunque no de manera tan espectacular. Los esfuerzos realizados desde la década de los noventa por incrementar la cobertura educativa en las áreas rurales, se traducen en un incremento del promedio de años estudiados por las mujeres rurales, hasta casi igualar el promedio de años de las mujeres urbanas del mismo segmento de edad.

Otro aspecto importante, que afecta a la competencia práctica de las mujeres rurales, son las relaciones con el Estado y con otros actores del

También se han incrementado los vínculos de las mujeres rurales con el sistema de salud. Un ejemplo es el porcentaje de partos en centros médicos, que en todos los países supera más de la mitad del total. Hay que destacar, que en este rubro existen fuertes diferencias, según los países. El porcentaje más bajo lo encontramos en Nicaragua con 70 % para las mujeres más jóvenes, frente al 80 % en Colombia y el 88 % en El Salvador. Perú se encuentra en una situación intermedia con un 73 %.

En los cinco países con los que contamos datos para el parto médico los porcentajes son más altos en el rango de edad más joven, lo que permite hablar de un proceso progresivo, que apunta a cerrar la brecha de lugar de residencia en este ámbito. Un aspecto importante, en este sentido, es la creciente inclusión en los centros médicos oficiales de algunos países de modalidades de parto locales, con un fuerte arraigo cultural. Un ejemplo son los programas de parto vertical existentes en las zonas de la sierra de Perú, donde la población quechua hablante es mayoritaria. Es posible que este tipo de iniciativas estén ayudando a una percepción menos hostil de los centros médicos, rompiendo brechas culturales y facilitando la atención médica a las madres gestantes.

**Gráfico N.º 6** Porcentaje de mujeres rurales jóvenes cuyo último hijo nació en un centro de salud



Fuente: Colombia: ENDS, El Salvador: Encuesta de Salud Familiar 2008, Guatemala: ENCOVI 2011, Nicaragua: Censo 2005, Perú: ENAHO 2010

## El punto de quiebre

Los datos presentados hasta aquí muestran un incremento importante de la competencia práctica de las mujeres rurales jóvenes. Este colectivo dispone ahora de un capital humano mucho más asentado que las generaciones anteriores. En cierto sentido, se parecen más a sus contrapartes urbanas que a sus madres y abuelas, sobre todo en cuanto a expectativas y proyectos de vida. Los estudios cualitativos realizados en el marco de Nuevas Trenzas muestran que, desde el punto de vista subjetivo, esta percepción de ruptura generacional está también muy marcada. Las jóvenes rurales, tienden a buscar resaltar su individualidad, performatizándola mediante prendas de ropa, adornos corporales u otras estrategias similares. Este énfasis es muchas veces visto con desconfianza y genera, incluso, la reprobación de sus familias, especialmente de sus madres, quienes lo consideran como una pérdida de identidad o una traición a sus orígenes rurales. Esta percepción crítica se acrecienta cuando las jóvenes comienzan a asumir prácticas consideradas «urbanas», como escuchar determinado tipo de música o evidenciar «falta de modales». El resultado pueden ser dolorosos conflictos personales, especialmente con las madres, quienes se sienten divididas entre el deseo de que sus hijas tengan una vida diferente a la suya y el temor a que estas crecientes diferencias supongan su alejamiento en el ámbito personal y afectivo.

Este tipo de conflictos intergeneracionales son comunes en las historias de vida de las jóvenes rurales recogidas por los equipos de Nuevas Trenzas. Su punto álgido suele estar en la adolescencia, cuando muchas jóvenes se desplazan fuera de sus comunidades para realizar estudios secundarios. Este es probablemente el momento en que las diferencias intergeneracionales se expresan de manera más fuerte. Sin embargo, las expectativas de cambio de las jóvenes rurales comienzan a partir de ese momento a experimentar una serie de choques de realidad. Podemos hablar, en este sentido, de un punto de quiebre en las trayectorias personales de las mujeres rurales jóvenes, que se sitúa en torno a los 18 y 22 años. Es en este momento cuando sus vidas dan un vuelco crítico y muchas de sus

expectativas, alentadas durante su etapa educativa, se ven defraudadas.

El nudo del problema son las dificultades que las mujeres rurales encuentran para desarrollar estrategias autónomas de vida, basadas en su propia toma de decisiones, a partir del momento en que dejan la escuela y comienzan su tránsito hacia la vida adulta. Es aquí cuando se perciben con toda nitidez las limitaciones de los cambios positivos ocurridos en los últimos años. Esto se debe a varios factores que confluyen en este momento de la vida de las jóvenes rurales. Por un lado, encontramos la persistencia en casi todos los espacios rurales del continente de marcos institucionales con sesgos de género negativos para las mujeres, en temas como el acceso a los medios de vida o a la propiedad de las tierras familiares. Lo habitual en estos casos es que persistan normas que privilegian a los hombres por sobre las mujeres, determinado que ellos tengan márgenes de autonomía personal mucho mayores que ellas<sup>3</sup>

Un segundo tema que se conjuga para hacer de la etapa, alrededor de los veinte años, un momento crítico en la vida de las mujeres rurales jóvenes son las dificultades de acceso a la especialización profesional. La brecha de lugar de residencia, que casi ha desaparecido en educación primaria y secundaria, reaparece al hablar de educación superior. En este campo, las políticas públicas y los proyectos de desarrollo parecen no haber tenido un impacto significativo en las últimas décadas. Existe una gran diferencia entre el porcentaje de mujeres urbanas que acceden a la universidad y centros de formación especializada, y el ínfimo porcentaje de mujeres rurales que logra dar este salto. Esta falta de acceso a la educación superior asemeja la experiencia de las mujeres rurales jóvenes a la situación de sus madres y abuelas. Unido a la dificultad de acceder al control de activos tradicionales, supone una situación de bloqueo, que impide el desarrollo de estrategias autónomas de vida y limita su inserción en las dinámicas económicas y sociales de los territorios rurales. En los siguientes capítulos

de este libro vamos a ver muchos ejemplos concretos al respecto.

### **Persistencia de estrategias familiares con sesgo de género**

La etapa crítica de la vida de las mujeres jóvenes es un ejemplo de cómo actúan las desigualdades entrecruzadas que determinan su posición en el mundo rural: las dificultades para acceder al control de los medios de vida (por brecha de género) se conjugan con las dificultades para la especialización profesional (por brecha de lugar de residencia). Esta tendencia se refuerza por la existencia de estrategias familiares que tienen un fuerte sesgo de género. En la mayor parte de las sociedades rurales latinoamericanas, la familia es la unidad básica de producción. Esto implica que existe una relación directa entre el número de integrantes de la familia y su capacidad para producir y retener, y ocasionalmente incrementar sus activos patrimoniales. El resultado es una fuerte presión sobre las mujeres para tener hijos desde temprana edad. La existencia de una familia numerosa, a su vez, incrementa la carga de trabajo doméstico, que recae en estas mismas mujeres, lo que genera un círculo en el que las demandas del sistema productivo y los sistemas de género se retroalimentan entre sí.

En la actualidad, gran parte de los territorios rurales tiene economías más diversificadas, que no dependen solo de la actividad agropecuaria. Las presiones para incrementar el número de miembros como estrategia para maximizar las posibilidades de supervivencia y progreso social han disminuido. Sin embargo, los cambios en los imaginarios y los sistemas de género van mucho más despacio. Los patrones de emparejamiento y natalidad de las jóvenes rurales, pese a que están cambiando (como veremos en el capítulo siguiente), aún son sustancialmente diferentes a sus contrapartes urbanas: se comprometen significativamente antes y tienen hijos a una edad considerablemente menor. Estos datos no son solo una curiosidad estadística. Un tema recurrente en los estudios cuali-

3 Aquí nos referimos sobre todo a normas informales. En la mayoría de los países se ha avanzado mucho en equidad legal, pero en la práctica estas normas siguen estando matizadas por costumbres locales muy asentadas que privilegian a los hombres y dificultan el acceso de las mujeres al control de los activos productivos tradicionales. La buena noticia es que este tema está comenzando a despertar el interés de las instituciones multilaterales.

tativos realizados en los seis países es que el emparejamiento marca un punto de ruptura en los relatos de vida de las jóvenes rurales. Constituye un antes y un después, que, visto en perspectiva, no siempre se percibe en términos amables. El salto a la vida en pareja, muchas veces, es recordado por las mujeres rurales jóvenes como un momento traumático. Es el punto en el que sus vidas cambiaron y dejaron de ser «jóvenes modernas» para ser «madres rurales tradicionales». La vida en pareja implica el final de sus esperanzas de una vida diferente a la que tuvieron sus madres y abuelas. El resultado es una percepción de frustración muy extendida.

Un aspecto estrechamente relacionado a este panorama es la persistencia de índices muy altos de trabajo familiar no remunerado. La brecha de género sigue siendo enorme en este aspecto y es una de las claves para entender la situación de bloqueo que sufren muchas mujeres rurales. El peso de la economía del cuidado del hogar recae casi exclusivamente sobre las mujeres y condiciona sus posibilidades de desarrollar estrategias autónomas de vida. Los intentos de valorizar el trabajo doméstico han tenido resultados muy limitados en casi todos los países. Son muy pocas las iniciativas tendientes al reconocimiento de su importancia y a la implementación de estrategias de remuneración. Incluso las propias protagonistas tienden a desvalorizar su papel en la sostenibilidad de la economía rural, señalando de manera reiterada que su mayor aspiración es «trabajar». Podemos hablar, en este sentido, de las economías rurales como economías subvencionadas, que funcionan gracias a la persistencia de un fuerte componente de trabajo no remunerado femenino.

## Conclusiones

Este es un breve resumen de algunos de los hallazgos más importantes del trabajo de Nuevas Trenzas. La idea central es que en América Latina estaríamos asistiendo a una revolución silenciosa relacionada con cambios radicales en las condiciones y los estilos de vida de las mujeres rurales jóvenes. Visto en una perspectiva de larga duración, podríamos decir que esta revolución se habría iniciado en los años no-

venta, pero recién ahora los resultados comienzan a ser perceptible a nivel estadístico agregado.

En concreto, son cuatro las ideas centrales que queremos destacar. En primer lugar, la principal sensación que queda tras este recorrido por las historias de las jóvenes rurales de Perú, Ecuador, Colombia, Guatemala, Nicaragua y El Salvador es que se trata de historias diferentes, pero similares. Los seis países analizados suman casi seis millones de mujeres rurales jóvenes. Esto supone seis millones de historias diferentes, cada una con sus particularidades, sus sueños, sus problemas y sus aspiraciones. Sin embargo, como veremos en los siguientes capítulos, estas historias son en el fondo muy parecidas. Más allá de las particularidades de cada país, existen procesos de fondo, relacionados con los sistemas de género y generación que determinan que la experiencia de ser mujer, joven y rural tenga muchos elementos comunes a lo largo del continente.

La segunda idea clave es el cambio. Las historias de las mujeres rurales jóvenes de América Latina son historias de cambios que están ocurriendo muy deprisa. En el plazo de apenas una generación se ha producido un vuelco radical en las experiencias de vida de las jóvenes rurales sobre todo en lo que se refiere a los primeros años de su existencia. Esta revolución educativa hace que la generación actual de mujeres rurales jóvenes sea muy diferente con respecto a la época en que sus madres y abuelas eran jóvenes. Las mujeres rurales jóvenes son:

- Más educadas: la brecha de acceso a la educación entre hombres y mujeres ha desaparecido. Incluso existen países, como Nicaragua o Colombia, donde las mujeres rurales jóvenes estudian más años que sus pares masculinos.
- Más conectadas: en la mayoría de los países las mujeres rurales jóvenes tienen acceso a las innovaciones tecnológicas. Muchas de ellas son usuarias de telefonía móvil y en menor medida también acceden internet. Esto supone un cambio importante para sus relaciones sociales y en sus perspectivas económicas.

- Más empoderadas: se trata de mujeres muy conscientes de sus derechos. Esto significa oportunidades de participación política y económica inéditas para sus madres y abuelas.

Todos estos cambios se traducen en una fuerte mejora en términos de capital humano. Esta es la tercera idea a retener como conclusión de este capítulo: estamos ante la generación de mujeres rurales latinoamericanas más preparada de la historia del continente. Las niñas rurales estudian hoy tanto o más tiempo que los niños de su misma generación. Otro aspecto importante es el avance en las relaciones con el Estado y con otros actores del mundo rural: casi el 90 % de las mujeres rurales jóvenes de los países estudiados posee documento de identidad y más de un 60 % de los partos se realizan en centros médicos.

Por lo tanto, muchas cosas están cambiando. Sin embargo, a pesar de ello, la mayor parte de las jóvenes siguen encontrándose con una realidad cotidiana marcada por importantes sesgos de género. Esta es la cuarta idea a retener: los sistemas de género tradicionales están demostrando ser más resistentes de lo esperado. Ni el incremento de la competencia práctica ni el empoderamiento de las mujeres rurales ha podido hacer mella en ellos de manera significativa, al menos hasta el momen-

to. La desigual distribución de las cargas del hogar o las dificultades de las mujeres rurales para acceder al control de sus medios de vida son ejemplos de que en este nivel las transformaciones son más lentas.

Se trata, por lo tanto, de una revolución silenciosa que aún está a medio camino. Es mucho lo que falta recorrer para que las mujeres rurales jóvenes alcancen una situación de equidad y es mucho lo que nos falta saber sobre este colectivo a quienes trabajamos desde perspectivas de desarrollo rural. En parte para paliar estas carencias y continuar recogiendo reflexiones y aportes, desde marzo de 2017 se ha creado el denominado Grupo de Desarrollo Rural - Perú. Se trata de una iniciativa coordinada por el Instituto de Estudios Peruanos y Rimisp-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural que reúne a representantes de instituciones públicas, organismos internacionales de desarrollo, sector privado, activistas y académicos, con el fin de discutir e intercambiar información que permita mejorar la vida de la población rural. El GDR-Perú cuenta, nuevamente, con el apoyo del FIDA y enfocará sus tareas, sobre todo, en el colectivo de jóvenes rurales, ya que es aquí donde creemos que se encuentra una de las claves para el futuro del país. Cualquier tipo de aporte a este esfuerzo es más que bienvenido.